cuya cabeza está aureolada, y sabemos que este pájaro fabuloso había sido adoptado por los primeros cristianos como símbolo de la resurrección y de la inmortalidad (véase el artículo *Fénix*).

IV. ¿Qué fin se propusieron los artistas cristianos al adornar con el nimbo las santas imágenes? Fué principalmente, respecto al Redentor, el de recordar su soberanía, expresar el esplendor de su divinidad y de su gloria, y quizás también aludir á su glorioso título de sol de justicia. Honorio de Autun, en el pasaje que hemos citado al principio, afirma que se puso el nimbo en la cabeza de los ángeles y de los Santos para indicar la gloria celeste que disfrutan. Añade que el nimbo tiene la forma de un escudo redondo, para manifestar la protección divina, que defiende á la manera de un escudo á los bienaventurados.

Pero como los Padres (Greg. Nazianz. *Orát.* XL) distinguen tres especies de luces, de las cuales la primera, la única verdaderamente sustancial, es Dios, la segunda los ángeles y la tercera los hombres, y particularmente aquellos que por sus virtudes se aproximan más á Dios, se cree que, con este disco luminoso, los artistas cristianos han querido dar una idea de esta luz, comunicada á los ángeles y á los hombres por Dios mismo, fuente de la luz eterna. Todavía podría decirse, por lo que concierne á los Santos, que los justos llevan á Jesucristo en su alma, según la expresión de San Pablo: *Vivit in me Christus*, lo que les ha hecho dar por San Ignacio los nombres de Θεοφόροι, *Deiferi;* ναοφόροι, *templiferi;* Χριστοφόροι, *Christiferi;* debiendo entenderse que la diadema que se les ha concedido es la misma de Jesucristo, cuyo esplendor se refleja sobre ellos. A esta idea alude probablemente un fragmento de cristal (Aringhi, II, 265) en el que se ve á San Lorenzo con el monograma de Cristo detrás de su cabeza á guisa de nimbo.

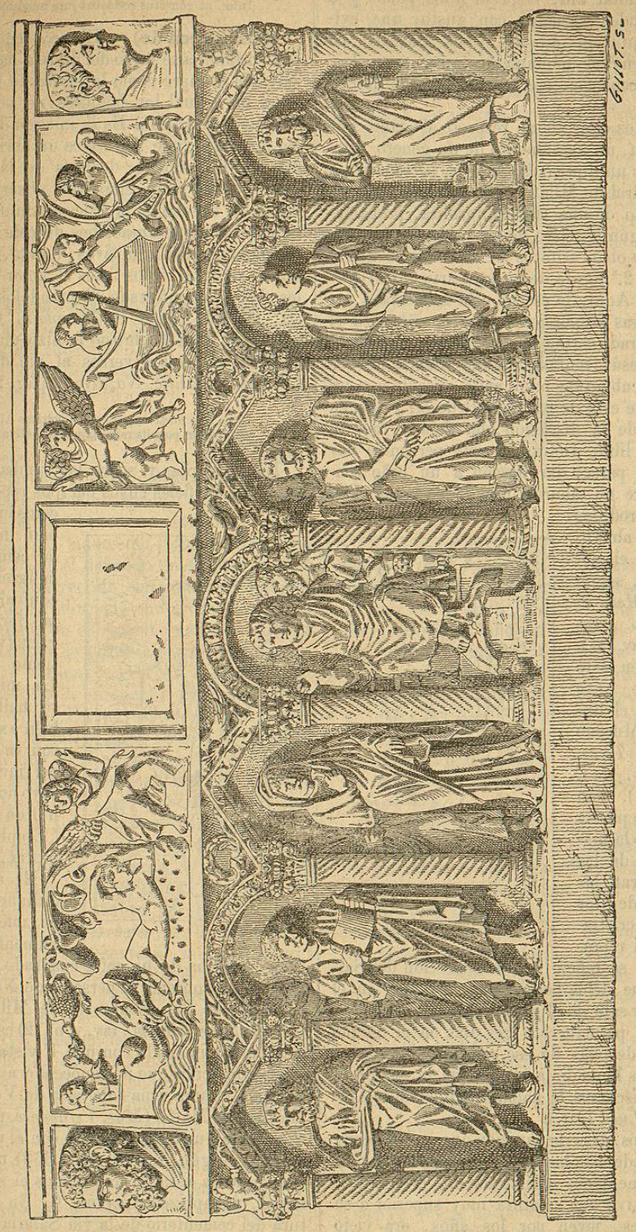
Todavía podría decirse mucho más sobre el nimbo y sobre las diversas formas que se le han dado, pero esto sería entrar en los dominios de la Edad Media. Una de estas formas, no obstante, debe indicarse aquí, porque se remonta probablemente al siglo VI. Es la forma cuadrangular que se atribuye á los personajes vivos. Las imágenes más antiguas de San Gregorio el Grande están adornadas con dicha forma. En el mosáico de la galería exterior del *triclinium* de San Juan de Letrán, mosáico ejecutado en tiempo de Carlomagno, se ve á este Emperador con el nimbo cuadrangular; lo mismo sucede al Papa León III, su contemporáneo, mientras que San Pedro, disfrutando ya de la gloria celeste, lleva el nimbo circular. El Príncipe de los Apóstoles, sentado sobre un elevado trono, envía al Pontífice el *pallium* y al Emperador un estandarte. El mismo contraste se observa en una miniatura de un manuscrito muy antiguo de Monte Casino, donde el abad Juan, por cuyas órdenes había sido copiado el código, tiene detrás de la cabeza el nimbo cuadrado, mientras que San Benito, sen-

tado en la silla abacial, así como un ángel que se halla de pie detrás de él, están adornados con la diadema circular.

NIÑO (El) JESÚS en medio de los doctores.—Este asunto se halla representado en un bello fresco que decora el fondo de un *arcosolium* del cementerio de Calixto (Bottari, tav. LXXIV). Nuestro Señor está sentado en un sillón elegante; extiende la mano derecha en señal de alocución, y tiene en la mano izquierda un volumen á medio enrollar. Los doctores están colocados á su alrededor, cinco á un lado y tres al otro; sus rostros expresan un vivo sentimiento de sorpresa y de admiración. Todos estos personajes son vistos de medio cuerpo, porque, á consecuencia de la piedad indiscreta de algún cristiano distinguido que quería tener su sepultura en este lugar venerado, fué rota esta sagrada sepultura para abrir allí el *loculus* (véase el artículo y el grabado del artículo *Ad Sanctos*). Los anticuarios han interpretado en el mismo sentido cierto número de bajos relieves de sarcófagos. Pero respecto á los monumentos de esta clase, la interpretación nos parece casi siempre dudosa y á menudo evidentemente errónea. Uno solo, á nuestro juicio, nos da el asunto de una manera indudable.

Es el que reproducimos á continuación, según una fotografía que M. De'Rossi ha tenido la galantería de facilitarnos. Este sarcófago, que se conserva en San Francisco de Perugia, había sido ya publicado por Bottari (*Rom. sott.*, t. II, pág. 1) y por Vermiglioli (*Iscr. Perug.*, 1.ª edit., t. II, pág. 488), pero de una manera muy defectuosa. A M. De'Rossi

es á quien debemos el conocer exactamente este monumento, que es uno de los mejores y de los más antiguos sarcófagos del siglo IV. En efecto, dice el ilustre arqueólogo (*Bulletin*



d'arch. chrèt., édit. française, 1871, pág. 130), que considerando bien las figuras de los doctores agrupados en los pórticos del templo á ambos lados del niño Jesús, que enseña, y la

de María, que dirige á su hijo este tierno reproche: *Fili, quid fecisti nobis sic?* no puede evitarse notar allí, respecto á los paños y á las actitudes variadas con gusto, una evidente imitación de los tipos clásicos. El lector tiene el monumento ante sus ojos; por consecuencia, nos abstenemos de describirlo.

Debemos citar ahora, respecto al asunto que nos ocupa, un monumento de un género diferente. Es un díptico del siglo v, perteneciente á la catedral de Milán, donde se encuentra representado de una manera insólita, probablemente según el relato de los evangelios apócrifos, como otros asuntos de este mismo marfil (véase la 2.ª figura de nuestro artículo *Anunciación*). Aquí, la escena está reducida á las más escasas proporciones; no se ve nunca el acostumbrado cortejo de los maestros de la ley: el niño Jesús, sentado en una cátedra de dos gradas, cubierta con un paño, discute con un doctor que está de pie delante de él, y que, en el calor de la discusión, ha dejado caer al suelo su libro. Detrás de este personaje hay otro que parece dar lección á un niño sentado sobre un taburete muy bajo, y que tiene sobre sus rodillas un libro abierto (he aquí el monumento, según Bugati. *Mem. di S. Celso. Append.*, tav. II).

También está figurado este asunto en el díptico de Murano (Gori. *Thes. dipt.*, t. III, tab. VIII). San Ambrosio piensa que, como la mayor parte de las que decoran las tumbas de los primeros cristianos, esta representación se refiere á la resurrección del Salvador, que debía permanecer tres días en el sepulcro y salir de él glorioso, del mismo modo que había permanecido tres días en el templo para ser, después de ese período, devuelto á sus padres lleno de la gloria que la sabiduría de sus discursos le había conquistado (Ambros. *In Luc.*, l. II.).

Debemos observar también que, en la representación de este hecho de la infancia del Salvador, tiene Jesús ordinariamente (véase Bottari, XV, LIV) una estatura muy superior á su edad, pues, joven por los años, era viejo por la sabiduría. Esto es lo que expresan perfectamente estos versos de Sedulio (*Op. Pasch.*, l. II, v, 134 *seqq.*):

Ast ubi bissenos ætatis contigit annos,
Hoc spatium de carne trahens, ævique meatus,
Humana pro parte tulit, senioribus esse
Corde videbatur senior, legisque magistros
Inter, ut emeritus residebat jure magister.

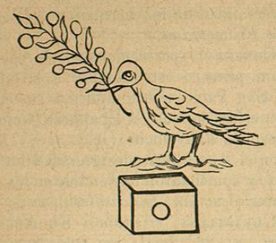
NOÉ (Arca de).—El arca en que Noé con su familia se salvó del diluvio ha sido considerada siempre como la figura de la Iglesia, fuera de la cual los hombres no podrían encontrar la salvación. Es la imagen de la Iglesia militante, que les ofrece un abrigo seguro del que no saldrán, después de las tempestades de esta vida, sino para gozar de la paz eterna en el seno de la Iglesia triunfante. Las numerosas representaciones de este hecho en los monumentos primitivos, tenían, pues, por objeto recordar á los fieles el amor que Dios les había manifestado llamándolos á la fe (S. Hippol. *Homil in Theophan.* Opp., página 263). San Ambrosio la hizo pintar en su basílica, con estos versos al pie del cuadro (Puricelli. *Basilic. Nazarian.*, pág. 285):

Arca Noe nostri typus est, et spiritus Ales,
Qui pacem populis ramo prætendit olivæ.

En las criptas y sobre las tumbas, significaba que los fieles cuyos cuerpos reposaban en estos lugares, habían muerto en la comunión de la Iglesia: era la equivalencia de la fórmula IN PACE (véase el artículo *In pace*). La misma idea se hallaba también expresada con la presencia del mismo Noé, cuyo nombre significa *reposo* (Epiph. *Æres.*, XXXIX, n. 7).

El arca tiene ordinariamente, en nuestros monumentos figurados, la forma de un cofre cuadrado, bastante capaz para contener la persona de Noé. En el sarcófago de San Ambrosio de Milán (Allegranza. *Sacr. monum.*, tav. v, n. 12) es de forma exagonal, y marcada con una F vista al revés, doble carácter de que no conocemos ningún otro ejemplo; en una urna funeraria de Verona publicada por Maffei (*Mus. Veronense*, pág. 279), se asemeja á un dado señalado con el número 5. He aquí, según Boldetti (pág. 363), una figura que recuerda esta forma, menos el signo numeral, reemplazado por un 0. En una pintura del cementerio de la vía Salaria (Bottari, tav. CLXXII), es redonda, adornada con cabezas de leones en toda su circunferencia, lo que recuerda exactamente la forma de la antigua

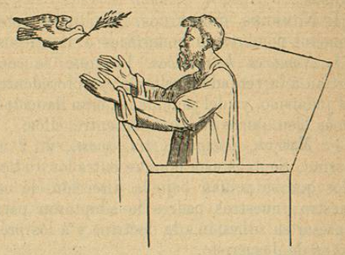
cestilla, y descansa sobre seis pies: esta última circunstancia se reproduce cuantas veces está el arca parada sobre una montaña; sucede lo



contrario cuando está representada bogando sobre las olas (*Rom. subt.*, passim.). Una pintura de bóveda del cementerio de los Santos Marcelino y Pedro (Bott., tav. CXVIII) la presenta colocada en una barca, doble símbolo de la Iglesia.

Algunas veces se abre una ventana en la parte anterior del arca. La cubierta está levantada ordinariamente por detrás como la de un cofre, ó bien se halla suprimida por completo. Noé extiende los brazos en actitud de orar, ó bien dirige sus manos del lado de la paloma, que vuela hacia él llevando en su pico el ramo de oliva. Está vestido con una túnica ancha, sin cinturón, adornada con frecuencia de un doble bordado en el extremo de las mangas, y con dos bandas de púrpura perpendiculares por delante, y algunas veces con la *penula*, que era un vestido de circunstancias (véase el artículo *Penula*). En un sarcófago de las catacumbas (Aringhi, I, 335) se nota el singular detalle de que en el arca, en lugar de Noé, se halla un árbol. Bottari (I, 192) cree que este árbol es un olivo, y que, al colocarlo en el arca, símbolo de la Iglesia, tuvo el artista la intención de indicar la paz que tal vez en la época de la ejecución de la tumba le fué concedida después de alguna persecución. También se ha interpretado este asunto por la resurrección (véase el artículo *Arboles*, 6.º). Y en efecto, el bajo relieve representa al mismo tiempo la historia de Jonás cuya significación es análoga, estando el arca cerca de una roca y á su abrigo. Conviene observar que estos dos asuntos se hallan con frecuencia relacionados, hasta el punto de que en otro sarcófago (Bottari, tav. CXXXI) el escultor ha puesto la paloma sobre la popa del bajel de Jonás, hacia la cual Noé tiende sus manos para recibirla. En otras partes (ídem, XLI), Noé toma en sus manos la rama de olivo traída por la paloma, que se posa sobre un árbol despojado de sus hojas y aun de sus ramas, imagen de la desolación universal causada por el diluvio.

El arca aparece sobre simples piedras sepulcrales (Perret., vol. v, pl. XL, n. 132, LXXXVII, 8). También se ve, en medio de otros muchos símbolos, y bajo la forma de un cofrecito coronado por la paloma, sobre una piedra grabada (Polidori. *Pesce. Amic. catt.*, t. I, pág. 252), y en una bella lámpara de bronce (Bellori. *Antiche lucerne, part.* III, tav. 29), en la que se encuentra también asociada á la historia de Jonás, que se ve debajo, vomitado por el monstruo marino, y por último, en un medallón de bronce (Buon. *Vetri*, tav. I, fig. I). M. Saviniano Petit ha publicado en las *Mélanges d'archéologie* (vol. III, pl. XXIX y XXX) dos grabados, uno de los cuales es la reproducción más exacta de una pintura de las catacumbas, ya conocida, del siglo III, que representa á Noé en el arca,



según el tipo ordinario. Publicamos una copia; el otro es el dibujo aumentado del tipo de una medalla de Apamea, común á Septimio Severo, á Macrino y á Filipo el padre, y que, según la general opinión, se refiere á la tradición del diluvio universal (Eckel. *Doctrin. num.*, t. III). La prioridad del tipo pertenece, no obstante, á los cristianos, porque se encuentra en el cementerio de Domitila, en un hipogeo primitivo, esto es, de los tiempos apostólicos (véase De'Rossi. *Bullet.*, 1865, página 44).

Hay aquí una doble escena: primero, Noé acompañado de su mujer, circunstancia única en los monumentos conocidos hasta el día; y además de la paloma que lleva la rama de olivo, otro pájaro, que no puede ser sino el cuervo, está posado sobre la tapa levantada del arca. La parte anterior del κιβωτός lleva la inscirpción ΝΩΕ. Segunda escena: Noé y su mujer de pie, fuera del arca, teniendo los dos la mano izquerda sobre el pecho, y la derecha y los ojos levantados hacia el cielo, en señal de admiración y de acción de gracias. La misma medalla está grabada en el excelente trabajo de M. Carlos Lenormant, titulado: *De los signos del cristianismo que se encuentran en algunos monumentos numismáticos del siglo* III (página 4), y nosotros mismos la hemos reproducido en el artículo *Numismática*, I, 2.º El cuervo que se encuentra aquí no se encuentra en los monumentos de las catacumbas; pero lo encontramos en un bajo relieve de D'jemila en Argelia (*Revue archéol.* IV. año, pág. 196),

pero con la circunstancia característica de que está entretenido en devorar cadáveres. Un fragmento de bajo relieve murado bajo el pórtico de Santa María *in Trastevere* (véase Bott., II, 181), representa á Noé y á sus tres hijos dando gracias á Dios, dirigiendo sus manos y sus ojos al cielo, y de pie ante un altar de donde salen llamas: *Ædificavit Noe altare Domino* (*Genes.*, VIII, 20).

NOMBRES DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS.—Para tratar con orden esta importante materia, hablaremos primero de los nombres genéricos que se aplican á todos los cristianos, y en segundo lugar de sus nombres propios.

I. NOMBRES GENÉRICOS. Dividimos estos primeros nombres en honoríficos é injuriosos.

1. *Nombres honoríficos.* Los que se convertían á la verdadera religión, ya procedentes del judaísmo, ya del paganismo, eran llamados, ó más bien quizás se llamaban entre ellos:

1.° Μαθηται, *discipuli* (*Act. apost.*, VI. 2 et passim). Se daba este nombre entre los Judíos á los que se ponían bajo la dirección de un maestro; nuestros padres lo adoptaron para expresar su adhesión á la doctrina y á los preceptos de Jesucristo.

2.° Πιστοι, *fideles* (*Ephes.*, I, 1.—*Coloss.*, I, 2, etc.) ó *credentes*, para significar su unión á la fe de Jesucristo. Los que habían nacido de padres cristianos se llamaban *ex fidelibus fideles*, ΠΙCTOI ΕΚ ΠΙCTωN (Lupi. *Sever. epitaph.*, página 136).

3.° Ἐκλεκτοί, *electi*. San Pablo dice *elegidos de Dios* (*Rom.*, VIII, 33.—*Coloss.*, III, 12); San Pedro simplemente *elegidos* (Petr., I, 1). Se llamaban así los cristianos, porque eran escogidos de Dios, en las naciones ó en la sinagoga, para ser llamados á la fe cristiana.

4.° Αγιοί, *sancti*, porque habían sido *santificados por la sangre de Jesucristo* y llamados á la santidad. De ahí la denomiuación de *santificados* empleada por el Apóstol (1 *Cor.*, I, 2), y después de él por los Padres (Clemens Roman. *Ep. ad Cor.*, I, 9.—Chrysost. *Homil.* I. *In* 1 *ad Cor.*).

5.° FRATRES, *hermanos*, nombre dado primero por Nuestro Señor á sus discípulos: *Omnes vos fratres estis* (Matth., XXIII, 8), y también cuando, después de su resurrección, manda á Magdalena que vaya á buscar á *los hermanos*, es decir, á los Apóstoles (Joan., XX, 17). Este nombre no fué aplicado únicamente á los Apóstoles (1 *Cor.*, V, 11 et alibi), sino á los cristianos en general (Clem. *In ep. ad Cor.*, *loc. laud.*—Ignat. M. *Ep. ad Ephes.*, n. XVI, etc.), porque tenían el mismo padre, Dios; la misma madre, la Iglesia; porque habían sido regenerados por el mismo bautismo, y porque todo era común entre ellos. De ahí el nombre de *fraternidad* dado á la sociedad de los cristianos por los Apóstoles (1 Petr., II, 17) y por los Padres (Clem. Rom. 1 *Ad Cor.*, III). San Cipriano termina ordinariamente sus epístolas por esta salutación: *Fraternitatem universam meo nomine solutate*, «saludad en mi nombre á la universalidad de los hermanos». (Véase el artículo *Fraternidad.*)

6.° CONSERVI, *cooservidores*. Los Apóstoles se dieron primero este nombre á sí mismos, testigo San Pablo, que lo aplica á sus coadjutores en el apostolado, á Epaphras (*Coloss.*, I, 7) y después á Tichicus (ibíd., IV, 7). San Juan, en el *Apocalipsis*, designa así á los fieles (VI, 11), y continuaron haciéndolo en los siglos siguientes (Lactant. *Instit. divin.*, XVI).

7.° CHRISTIANI, *cristianos*. En Antioquía fué (*Act.*, XI, 26) donde los fieles fueron llamados cristianos por primera vez. San Epifanio (*Hæres.*, XXXIX, 1 y 4), y casi todos los autores eclesiásticos, á excepción quizás de Tertuliano (*Apol.* V), y Eusebio de Cesárea, refieren este acontecimiento al reinado de Claudio. Baronio lo fija en el primer año de este reinado, y Mamachi (*Orig. Christ.*, l. I, § 3) lo hace remontar al año 42 ó 43 de nuestra era. Según el sabio dominico, no pensó en dar á los fieles un nombre característico, hasta tanto que se hubieran exclusivamente reclutado adeptos entre los Judíos, es decir, hasta la conversión del centurión Cornelio, que fué el primero de los gentiles llamado á la fe. Poco después, muchos habitantes de Antioquía siguieron su ejemplo (*Act.* XI). Es posible que para evitar los disgustos que hubieran podido acarrear los diversos nombres de los Judíos y de los Griegos, se adoptó el apelativo general de *cristianos*, derivado del nombre mismo de Cristo. Hubo, sin embargo, escritores que, por afición á la alegoría, quisieron, desde los primeros tiempos, derivar este nombre del crisma con que se ungía la frente de los bautizados. Teófilo de Antioquía (*Append. in Opp. Justin. M.*) y San Cirilo de Jerusalén, adoptaron esta opinión (*Catech.*, III *mystagog.*). En una inscripción de Cherchell, la antigua Cesárea de Mauritania, es llamado un cristiano CVLTOR VERBI, «adorador del Verbo» (L. Renier. *Inscr. de l'Algérie*, n. 4025).

8.° JESSÆI, *Jesenses*. San Epifanio (*Hæres.*, XXIX) dice que, antes de llamarse cristianos, los discípulos de Jesucristo llevaban el nombre de *Jesenses*, ó sea de Jesé, padre de David, ó sea de Jesús, Salvador del género humano; y este Padre apoya dicha opinión en el testimonio de un libro de Filón, titulado *De Jessæis*. Pero se rechaza la autoridad de este libro (Mamachi, *op. laud.*, I, § 4), cuyo título se atribuye á un error de los copistas de la obra *De vita contemplativa*, y por esta causa se duda que los cristianos hayan llevado nunca este nombre.

9.° THERAPEUTÆ, *terapeutas:* fueron llamados así, si hemos de creer á Eusebio (*Hist. eccl.*, l. II, c. 17), ya porque como médicos curaban de sus enfermedades graves á los que

se les acercaban, ya porque tributaban á la Divinidad un culto puro y sincero. Los eruditos no están de acuerdo respecto á si los terapeutas de que habla Eusebio, según Filón, eran cristianos que habitaban en Egipto, ó bien judíos que observaban especial modo de vivir. No podemos entrar aquí en estas discusiones, respecto á las cuales pueden consultarse los comentarios de Scalígero y de Vossio sobre este pasaje del obispo de Cesárea.

10.° PISCICULI, *pececitos*. Basta recordar á este propósito un precioso pasaje de Tertuliano, que explica de una manera acabada esta graciosa denominación: «Se nos llama pececitos, dice este Padre (*De baptism.*, I), porque, según el divino pez, Jesucristo, nacemos en el agua (del bautismo), y no nos salvamos sino permaneciendo en esa agua, es decir, en la gracia del bautismo» (véase el artículo *Pez*).

11.° GNOSTICI, *gnósticos*. Es indudable que algunos Padres han llamado *gnósticos* á los que profesaban la religión ortodoxa de Jesucristo. La palabra griega γνωστικός significa un hombre de ciencia y de estudio, poseído del deseo de *saber* y de enseñar. San Clemente de Alejandría la aplica al cristiano con estas bellas palabras (*Strom.*, I, 345, edit. Oxon., 1715): «Si el Señor es la verdad, la sabiduría y la virtud de Dios, como lo es en efecto, es claro que aquel que lo ha conocido, y por él al Padre, es *gnóstico.*» Algunas veces fué dado este nombre á los *ascetas* especialmente, por ejemplo, á los del Egipto por San Atanasio (Ap. Socrat., l. IV, c. 23).

12.° ECCLESIASTICI, no en el sentido de clérigos, sino como pertenecientes á la Iglesia, y para distinguirlos de los Judíos, de los gentiles y de los herejes (Euseb., IV, 7, V 27.—Cyrill. Hieros. *Catech.*, XV, 4).

13.° THEOPHORI ó DEIFERI, *porta-viático*. Desde el siglo II San Ignacio se lo da con frecuencia á sí mismo. Todas sus cartas empiezan con estas palabras: *Ignatius qui et Theophorus*. La misma denominación se encuentra en las actas de su martirio. Habiéndole preguntado Trajano: «¿Es verdad que llevas en tu corazón al Crucificado?», respondió: «Así es, en efecto, porque así está escrito: *Yo habitaré con vosotros.*» (*Act.* ap. Ruinart. edit. Veron, pág. 8). Mamachi prueba con el testimonio de gran número de Padres, que este nombre no fué especial de San Ignacio, sino que era común á todos los cristianos (*Orig. Christ.*, I, página 62). San Simeón es llamado *Deifer*, Θεοφόρος, pero en un sentido diferente, es decir, porque en el día de la presentación de Jesús en el templo, este santo anciano recibió al Divino Niño en sus brazos (Luc. II, 25).

14.° CRISTIFERI, *porta-Cristo*. Se encuentran varios ejemplos en los Padres (Ignat. *Ep. ad Ephes.* — Athanas. orat. I *Contr. gent.*, 1, 6 *et alibi*). Los cristianos fueron llamados *Christoforos*, porque, íntimamente unidos á Jesucristo, parecían llevarle en su corazón.

15.° SPIRITIFERI, ó PNEUMATOPHORI, *portaespíritu*, porque estaban llenos de la unción del Espíritu Santo. Tenemos en la materia admirables pasajes de San Ireneo, de San Atanasio, de San Basilio, de San Jerónimo y de Cirilo de Alejandría (véase Mamachi, I, página 63). La inscripción de Cherchell, citada más arriba (n. 7), los llama SATOS *Sancto* SPIRITV, «plantados en el Espíritu Santo».

16.° SANCTIFERI, *portasanto*, porque siendo templos vivos de la Divinidad llevan consigo al Santo de los Santos, que es Dios mismo (Ignat. M. *Epist. ad Ephes.* IX).

17.° TEMPLIFERI, *portatemplo*, en griego νεοφόροι. Siendo llamado Nuestro Señor por los Padres, no sólo el *Santo* por excelencia, sino también el *templo de Dios*, se deduce que los que llevaban á Jesucristo en su corazón podían ser llamados *templiferi* (Cyprian., l. I. *Testimon.* XV).

18.° Agrupamos aquí, para evitar la pesadez, algunas denominaciones que indican la sencillez, la inocencia, el amor de la paz y de la castidad, la dulzura y la humildad, y que hallamos diseminadas, ya en los escritos de los Padres, ya en los monumentos epigráficos (véase Mamachi, I, § 9): *Parvuli*, *adolescentuli*, *agni* (véase el artículo *Cordero*), *vituli lactentes*, *infantes*, *columbæ*, *pulli columbarum*, *veri Israelitæ*, *filii Dei*, *filii Altissimi*, *semen Abrahæ*.

19.° CHRISTI, *Cristo*. Aunque este título no pertenece, propiamente hablando, más que á Nuestro Señor, varios Padres lo han dado á los fieles (Ambros. *De obit. Valent.* Opp., t. II, 1189, epist. 1690.—Hieron. *In psalm.* CIV) en un sentido más amplio. La palabra *Cristo* significando *ungido* ha podido ser aplicada á todos los que recibieron la unción del crisma en el Espíritu Santo. Pero esta denominación dejó de usarse bien pronto, por respeto al Salvador, á quien únicamente pertenece en propiedad.

20.° CHRESTIANI. Los paganos, que ignoraban el origen del nombre de cristiano, y que llamaban á Nuestro Señor *Chrestum*, de un nombre usado entre ellos, se vieron obligados á introducir la misma corrupción en la palabra *Christiani* (Justin. *Apol.*, I, pág. 54, edit. 1615. —Clement. Alex. *Strom.*, l. II, n. 4.—Tertul. *Apol.* III.—Lactant., IV y VII, etc.).

21.° CATHOLICI. La verdadera Iglesia tomó desde muy temprano el nombre de *Católica* ó universal, cuando se vió obligada á distinguirse de los herejes, que no tenían sino una existencia reducida á ciertas localidades (Ignat. *Ep. ad Smyrn.*, VIII); y los que formaban parte de esta Iglesia recibieron también el nombre de *católicos*, que llevan todavía hoy (Pacian. *Epist. ad Sempron.*, pág. 81, t. II. *Concil. Hisp.*, *edit.* Aguirre).

22.° DOGMATICI. En los libros del Nuevo